

***NOTAS, TEXTOS
Y COMENTARIOS***

FRANCISCO AYALA ANTE EL EXILIO Y EN LA TRANSICIÓN

Luis Bueno Ochoa ¹

RESUMEN: La vida y la obra de Francisco Ayala están sujetas a la doble influencia de dos hechos cruciales como son el exilio, en primer lugar, y la Transición Española, con posterioridad. La interacción entre vida y obra permite afirmar, en efecto, que vida y obra son inseparables. No obstante, cabe plantearse, en el caso de Francisco Ayala como en el de tantos otros, cuál de las dos debe prevalecer: la vida, considerada como algo accidental, incluso efímero; o, por el contrario, la obra, es decir, lo que deviene sustancial, o sea, lo que permanece. La obra es, en suma, lo que acaba imponiéndose.

PALABRAS CLAVE: Francisco Ayala; Vida; Obra; Exilio; Transición española.

Francisco Ayala before the exile and the Transition

ABSTRACT: Francisco Ayala's Life and Works are subject to the dual influence, two crucial facts, such as, first, Exile, and, later, the Spanish Transition. Interaction between Life and Works demonstrates that both are inseparable. However, the question arises, in case of Francisco Ayala as in so many others, which one should prevail: Life, considered something accidental, even ephemeral; or, on the contrary, Works, that become substantial because Works remain. Works are, in short, what prevail at last.

KEY WORDS: Francisco Ayala; Life; Works; Exile; Spanish Transition.

¹ Profesor del Área de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho-ICADE de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. E-mail: lbueno@der.upcomillas.es

1. PROPÓSITO INICIAL

«Más de una vez he repetido que la biografía de un escritor consiste en sus escritos, y me refería al decirlo, no sólo a aquellos que tienen que ver con la realidad inmediata donde él se encuentra inmerso, a sus artículos o ensayos (...) sino también a sus poemas, a los escritos donde vierte su recóndita intimidad o despliega sus más fantásticos ensueños (...) Pero no es eso todo; es que, en un sentido más hondo y más extenso, menos ostensible, cuando uno escribe está reflejando lo que uno es, entrega su retrato esencial que, conforme se acerca, inexorable, la hora de la muerte, llegará a hacerse definitivo»².

Hacer una incursión en la vida de un autor poliédrico como Francisco Ayala (1906-2009) quien destacó, no sólo como escritor literario, sino también como jurista, profesor, traductor, sociólogo..., puede reportar alguna utilidad al adentrarnos en su obra. ¿En qué sentido? La interacción vida-obra, dando por hecho que lo que interesa es lo sustancial, lo que permanece, o sea, la obra; y no tanto lo accidental, lo que concluye, o sea, la vida; puede arrojar luz. Esa luz que, bien mirado habría de ser esclarecedora, sin embargo, también podrá ser cegadora. Los contrasentidos cuando se trata de pasar la obra por el tamiz de la vida no son nada infrecuentes. Las pautas *psicologistas* y *sociologistas*, así podríamos denominarlas en un tono deliberadamente confuso, son siempre sugerentes. La deriva especulativa, recreadora, viene a ser un diálogo encubierto sazonado de prácticas proyectivas, reactivas..., que acaban concitando filias o fobias.

En efecto, las adhesiones, en unos casos, y la animadversión, en otros, suelen ser el presupuesto y, en general, la conclusión, a la hora de aproximarnos a cualquier autor (cuando, en puridad, como se ha dicho antes, bastaría referirnos a sus obras). Ese afán por juzgar a los demás (como ejercicio de reafirmación si no de autojustificación condescendiente), mucho más que el espíritu crítico, emponzoña, con frecuencia nada desdeñable, dicho sea de paso, el abordaje de las obras personalizando en sus autores. Y tan es así que no es raro pasar de la hagiografía a las disculpas más o menos comprensivas hasta llegar, en no pocas ocasiones, a la acción de despellejar al autor. En otros casos, sin embargo, la cosa es aún peor: la neutralidad pretendidamente objetiva del estudioso escrupuloso es de tal calado que todo es susceptible de ser justificado, comprendido o no del todo pero, qué duda

² FRANCISCO AYALA, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Madrid: Alianza, 2006, pp. 15-16. Aunque la edición anotada es la definitiva no está de más indicar que hubo otras ediciones anteriores que datan de 1982-1983 y 1988.

cabe, la recreación, cuando no la tergiversación, están presentes; posiblemente ambas, aunque no buscadas, hacen acto de presencia.

Dos hechos cruciales en la vida de Francisco Ayala, el exilio, en primer lugar; y la Transición política española, en segundo término; son los que van a marcar, aunque sea someramente, el hilo discursivo a que se contrae la presente exposición. Convendrá empezar diciendo algo acerca de las filias y las fobias a que se ha aludido con anterioridad, además de añadir algo más, siquiera sea a título introductorio, acerca de esos dos episodios que ocuparon más de dos terceras partes de su centenaria existencia.

En cuanto a las filias y las fobias. Lo fácil sería terciar ante este comprometido dilema diciendo que el interés por las obras, subrayando su diversidad, se antepone a los sentimientos prejuiciosos, ya sean favorables, ya sean desfavorables. El interés, la curiosidad, esa «imperiosa avidez vital» que mencionaba el propio Ayala, podría constituir cierto blindaje para rehuir la toma de posición. Con todo, admitamos que si algo, o alguien, despierta el interés (léase *interés intelectual* en nuestro caso) que llama al conocimiento y predispone para el pensamiento el espíritu crítico animado será, pues, digno de provecho.

El bosquejo de las dos etapas mencionadas, exilio y Transición, va a tener lugar atendiendo prioritariamente a la autobiografía de Ayala cuyo título mezcla con acertada ironía dos ejercicios contrapuestos —en verdad, complementarios— como son la memoria y la amnesia³.

Aunque el hilo conductor de estas notas lo constituya su libro de memorias y desmemorias, *Recuerdos y olvidos*, ello no será óbice para intercalar observaciones y comentarios provenientes de diferentes flancos con miras a tratar de perfilar una vida y una obra que podríamos calificar, sin más disquisiciones, al menos por el momento, como longeva y diversa, respectivamente.

2. AYALA ANTE EL EXILIO

«Entre la multitud de los sofismas que extravían y confunden el problema de la libertad, hay dos que pudiéramos considerar extremos: el que considera imposible la libertad, vano empeño luchar por conseguirla y engaño peligroso su prédica, y el que la estima eterna, inmarcesible y destinada a prevalecer por su propia virtud sobre cualesquiera adversarios.

Estos dos sofismas extremos arraigan y encuentran alimento en la fundamental paradoja de la libertad: la libertad pertenece a la esencia de la con-

³ El título de las memorias y desmemorias de FRANCISCO AYALA, *Recuerdos y olvidos*, ya ha sido previamente anotado.

dición humana (...) Y, sin embargo, la historia misma, expresión máxima de libertad, se encuentra llena, abrumadoramente, de opresión y de violencia; ante nuestros ojos, su panorama se despliega como una obstinada negación de la libertad, que sólo luce en su curso con fugaces resplandores»⁴.

Antes del exilio, al término de la Guerra Civil española la trayectoria de Ayala, que había cumplido 33 años el 16 de marzo de 1939, no se tenía por menos que considerar exitosa. Miembro de la elite en el mundo del Derecho (a destacar, en este sentido, su condición de Oficial Letrado del Congreso así como la de «discípulo predilecto» de Adolfo Posada⁵, llegando a ganar la cátedra de Derecho Político de la Universidad de La Laguna en 1934 e incluso ser nombrado, en contra de su voluntad, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid), tuvo también una acreditada ejecutoria en la política (además de inscribirse en el partido de Azaña fue nombrado, para trabajar junto con el eminente penalista Jiménez de Asúa, entonces representante diplomático en Praga, como primer secretario-consejero de dicha Legación) y todo ello, claro está, sin orillar su reconocida actividad literaria. Ayala ya había publicado obras de creación literaria, de sesgo vanguardista, como *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (1925), *Historia de un amanecer* (1926), *El boxeador y un ángel* (1929), *Cazador en el alba* (1930) y *Erika ante el invierno* (1930); y también un volumen de ensayos titulado *Indagación del cinema* (1929).

Si lo anterior sintetiza cuánto había avanzado Ayala hasta entonces, es decir, *antes*, corresponde repasar ahora cuál iba a ser la situación *ante* el exilio. Antes de reproducir la actitud de nuestro autor a ese respecto no hay que olvidar el desastre familiar que supuso la guerra. En sus memorias Ayala relata que su padre, junto con sus hermanos José Luis y Vicente, fue llevado al presidio de Burgos, donde fue asesinado. Y lo mismo su hermano Rafael, quien fue fusilado como desertor. A nadie sorprenderá, en consecuencia, que ese tránsito entre la vida *antes* y la vida *ante* el exilio diera lugar a un título tan expresivo —*Del paraíso al destierro*— para la primera parte de sus memorias.

Sin perjuicio de todo lo anterior Ayala tratará de hacer valer, con mayor o menor convicción, según se mire, su capacidad de adaptación ante las adversidades. Apelará a su «personal manera de ser» y, en particular, al «sem-

⁴ FRANCISCO AYALA, «Ensayo sobre la libertad», en *Miradas sobre el presente: ensayos y sociología [Antología, 1940-1990]*, selección y prólogo de Alberto J. Ribes Leiva, Madrid: Fundación Santander Central Hispano, 2006, p. 25.

⁵ Vid. *Ibid.*, pp. 605-610, que en un apartado titulado «Un encuentro extratemporal» permite evocar a Ayala, «en actitud de íntimo respeto», a la figura de su maestro, Adolfo Posada; y todo ello con ocasión de la lectura de la edición póstuma del legado de ADOLFO POSADA: *Fragmentos de mis memorias*, Oviedo: Universidad de Oviedo, 1983.

blante del estoicismo» y a su «consistente posición liberal» para domeñar las dificultades sin que se acierte a distinguir, claramente, entre indiferencia y desprecio; soberbia y humildad; desdén y compasión caritativa⁶. Puede que en el caso de Ayala, esto no es más que una especulación, se esté ante un sufrimiento que nace de la indiferencia fruto de haber sufrido mucho.

Puestos a incidir más en qué fortalezas son las que emplea Ayala para sujetar el dolor, cuando no el sufrimiento (recuérdese, en este punto, el *desideratum* atribuido a Buda, según el cual, «el dolor es inevitable, el sufrimiento es opcional»), hay que referirse a esa «actitud de básico escepticismo» de la que dice siempre haber hecho gala⁷, apoyada, a su vez, en el azar o la casualidad; al admitir que el azar desempeña un papel, quizá decisivo, en el curso de la historia y más de lo mismo con la también llamada casualidad, que tiene, que quizá tiene, admite, un grave influjo en el devenir de las relaciones humanas⁸. Todo cuanto precede viene a conformar una síntesis de aquello en lo que se recrea Ayala para terminar reconociendo, al final de sus días, su «desasimiento del pasado»⁹; en resumidas cuentas, para hablar del suyo como un «exilio sin nostalgia»¹⁰.

Aunque se pretenda rehuir el pasado y llevar siempre la mirada hacia delante, como mecanismo de autodefensa, parece obvio, en cambio, que la pugna entre la realidad y el deseo no es fácil de digerir. La vida de *exiliado* (o, si se prefiere, de *emigrado* o *transterrado*), por más que Ayala insistiera, como apunta Julia Cela, en que «el término exilio hay que despojarlo de todo halo de dramatismo y mitificación»¹¹, claro que tiene consecuencias. De hecho, el propio Ayala se ocupó de esta cuestión en una reflexión-pregunta titulada «Para quién escribimos nosotros» durante su estancia en Buenos Aires, allá por 1948¹². En dicho ensayo, de acuerdo con Julia Cela, Ayala se proponía explicar la función que cumple el intelectual en la sociedad, distinguiendo cuatro perfiles para clasificar a los intelectuales exiliados. El primero, el de los privilegiados, entre quienes se incluye, fueron los que se establecieron en países de habla española (México y Argentina, principalmente). El segundo perfil, compuesto por los que se trasladaron a tierras de habla no española (fundamentalmente, Estados Unidos, Inglaterra y Francia). Los perfiles

⁶ Cfr. FRANCISCO AYALA, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, op. cit., p. 59.

⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 180.

⁸ Cfr. *Ibid.*, pp. 237 y 311.

⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 475.

¹⁰ Cfr. *Ibid.*, pp. 516-517.

¹¹ J. CELA, «Reflexiones de Francisco Ayala sobre el exilio intelectual español», en *Revista de Indias* 1996, vol. LVI, n.º 207, p. 453.

¹² Dicho ensayo, de gran repercusión en toda la comunidad exiliada, como afirma Julia Cela, fue publicado en *Cuadernos Americanos*, México, 1949, VIII, XLIII, n.º 1, pp. 36-58.

tercero y cuarto son los afectados por el halo de dramatismo y mitificación a que se aludió antes: en un caso, el exiliado convierte su situación en un calvario que consume su vida; en el otro, el exilio constituye una pérdida que permite hablar, incapaz de desasirse de una incesante peregrinación, del exiliado perdido¹³. Admite Ayala, a su vez, un quinto perfil que apuntaría al exilio interior. La distinción entre la «España peregrina» y la «España cautiva» es precisamente la que enlaza directamente con la denominada «censura en la continuidad nacional» que podremos conectar, a su vez, con un tema tan delicado como es la censura y, todavía más, con la autocensura; es decir, «cuando de modo consciente o inconsciente —puntualiza Ayala—, el escritor se atempera; rechaza unos asuntos y se acoge a otros; elige sus puntos de partida, establece el sistema de sus referencias y decide el sesgo de presentación de su tema, según las características de su público»¹⁴.

En otros textos posteriores Ayala remarca la responsabilidad del intelectual asimilándola a la de una especie de sacerdocio. Siguiendo la exposición de Ribes Leiva, lo que Ayala proponía acerca de la actitud del intelectual no era sino «ocupar el espacio público, intervenir en los debates y colaborar en el logro de comprender (y de hacer comprender) lo que sucede en el mundo; en otras palabras, tratar de dar razón del mundo e intentar comprender en qué mundo vivimos»¹⁵. Se insistía, pues, en que «la profesión de escritor, más que oficio, es sacerdocio», de manera que la responsabilidad de los intelectuales habría de consistir en adquirir un compromiso con la sinceridad que equivaldría, subrayémoslo, a adquirir un compromiso con el presente¹⁶.

El itinerario del exilio de Ayala (en Buenos Aires, con un paréntesis brasileño, en los años 40; en Puerto Rico en los años 50 y, desde finales de esa década, en Estados Unidos) concluye, diríamos, por etapas. A partir de los años 60 regresa, intermitentemente a España, y no se establece, ya de manera definitiva, hasta finales de los años 70. Es imposible que durante tan largo tiempo, en el que va gestándose el grueso de su obra, no se apreciaran cambios. Estos cambios, precisamente, han sido estudiados por Ribes Leiva al hilo de su evolución en el campo de la sociología y pueden ser reveladores de esa adaptativo compromiso con el presente a que antes se ha hecho mención.

Durante el primer exilio (1942-1950) Ayala es adscrito a la llamada *sociología sistemática*. Son de destacar obras como *El problema del liberalismo* (1941), *Historia de la libertad* (1944), *Ensayo sobre la libertad* (1943); y, especialmente, otras posteriores como *Razón del mundo* (1944), *Tratado de*

¹³ Cfr. J. CELA, *op. cit.*, pp. 453-454.

¹⁴ Cfr. *Ibid.*, p. 473.

¹⁵ A. J. RIBES LEIVA, «La mirada sociológica y el compromiso con el presente de Francisco Ayala», en FRANCISCO AYALA, *Miradas sobre el presente: ensayos y sociología [Antología, 1940-1990]*, *op. cit.*, p. IX.

¹⁶ Cfr. *Ibid.*, pp. IX y XI.

Sociología (1947) e *Introducción a las Ciencias Sociales* (1952). La función sacerdotal del intelectual como guía de la sociedad se va resintiendo. Se predispone Ayala para irse situando, con feliz heterodoxia, entre la literatura y la ciencia¹⁷. La literatura, anunciémoslo, gana la partida. La literatura acabará siendo un refugio, tal vez su salvación. Así, por ejemplo, en una entrevista de abril de 2004 proclamaba que «la literatura es la mejor parte de la vida de cada uno. Lo esencial de la vida es la literatura (...) La literatura no es separable de la vida sino la misma cosa. La literatura es la expresión con cierta orientación estética, artística o filosófica de la propia vida (...) Es la autoexpresión de la personalidad de la forma artística»¹⁸. Precisamente, será durante este período, aunque sea en su tramo final tras la época de las traducciones *pro panem lucrando* de los años 40, cuando retome su actividad como escritor literario con dos relatos de obras de ficción como *Los usurpadores* (1949) y *La cabeza del cordero* (1949).

En las décadas siguientes (1952-1971), en cambio, coincidente con su condición de profesor de Literatura en distintas universidades estadounidenses (Princeton, Rutgers, Chicago, New York, Bryn Mawr, Brooklyn College...), en Ayala se va imponiendo, como dice Ribes Leiva, una «sociología difusa y el giro hacia la fragmentación»¹⁹. Son destacables, como textos de marcado sesgo sociológico, *Tecnología y libertad* (1959) y, sobre todo, *España, a la fecha* (1965). La culminación de esta etapa es la que tiene que ver, según se apunta, con el llamado «enfoque sociológico» fragmentado²⁰ vinculado a una obra literaria como *El jardín de las delicias* (1971). Y así es como se «agudiza la interrelación de los textos (de texto a texto, de libro a libro), se acorta la extensión de las piezas, se disuelven los géneros y confunden, y las reflexiones se hacen a mitad de camino entre la «sociología difusa», la literatura, las memorias, la crítica literaria, el artículo periodístico»²¹. Esa desintegración, que antes ha sido llamada fragmentación, está presente en sus narraciones de ficción como *Historia de macacos* (1955), *Muertes de perro* (1958), *El fondo del vaso* (1962) y *El as de Bastos* (1963).

En los años posteriores, a partir de su regreso a España, los que trataremos sucintamente en el epígrafe siguiente dedicado a la Transición, Ayala sucumbe, valdría decir, siguiendo nuevamente a Ribes Leiva, ante un «modo de pensar paradójico, más complejo, repleto de incertidumbres, fragmenta-

¹⁷ Cfr. *Ibid.*, pp. XXIV-XXV.

¹⁸ Entrevista a Francisco Ayala por Juan Luis Tapia publicada en el diario *El Ideal* de Granada, el 28 de abril de 2004. http://ddoss.org/articulos/entrevistas/francisco_ayala.htm.

¹⁹ A. J. RIBES LEIVA, *op. cit.*, pp. XXVII y ss.

²⁰ Cfr. *Ibidem.*, p. XXX.

²¹ *Ibid.*, p. XXX.

rio»²². En prueba de lo anterior pueden citarse, como textos más relevantes, la nueva edición de *El jardín de las delicias* de 1978 a la que se añade una segunda parte titulada *El tiempo y yo*; su libro de memorias *Recuerdos y olvidos* (cuya primera edición data de 1982-83); *El jardín de las malicias* (1988); *El escritor en su siglo* (1990) y *Contra el poder y otros ensayos* (1992). El balance no podrá ser otro (como si se tratara, entre Lyotard y Derrida, del fruto de la *posmodernidad reconstruida*) sino apuntar que el papel del intelectual entendido como guía es un imposible²³.

A costa de *literaturizar la vida* vemos cómo queda preparado el terreno para abordar el episodio siguiente en el que Ayala, tras varios retornos, retorna definitivamente. Dejará de estar *ante* el exilio y le bastará (re)encontrarse con eso que se ha llamado, y se sigue llamando, la Transición.

3. AYALA EN LA TRANSICIÓN

«De los políticos no quiero hablar, aunque bien pudiera; cada cual atienda a su juego. Los políticos actúan agarrados a la realidad inmediata y más urgente, y si pierden contacto con ella, el batacazo les aguarda. Hablo de los intelectuales, a cuyo gremio pertenezco. Y me refiero en particular, no a aquellos que, enemigos de la libertad, la aprovechan para combatir sus instituciones, sino a los que de buena fe y con laudable entusiasmo creyeron durante un período que toda era poca, que todo el monte era orégano, aplaudiendo o coho- nestando con el silencio las muchas tonterías que —acaso peor la tontería que el crimen— se cometen (digámoslo remedando también otra frase histórica) en nombre de la libertad; y luego, al ver que con ésta no se ha entronizado el soñado paraíso, se declararon defraudados»²⁴.

Tras la jubilación de su puesto de profesor universitario en Estados Unidos, hacia finales de los años 70, Ayala decide establecer su residencia en España. Con más de setenta años retorna, definitivamente, a su país. Un país que ha inaugurado esa etapa transicional, que parece que no se acaba nunca, con la muerte en la cama del General (de un General superlativo, como se desprende de una denominación tan chocante y desafortunada como la de *El Generalísimo*) unos años antes el 20 de noviembre de 1975.

A fin de contextualizar adecuadamente lo que se dirá después, será apropiado referirse a las etapas que componen la Transición política en España.

²² Ibid., p. XLVII.

²³ Cfr. Ibid., p. XXXIV.

²⁴ FRANCISCO AYALA, «La joven democracia, puesta a prueba», en *Miradas sobre el presente: ensayos y sociología [Antología, 1940-1990]*, op. cit., pp. 174-175.

En un inédito del profesor Dalmacio Negro se relacionan las cuatro siguientes: la primera de ellas, determinada por la muerte del General Franco, estuvo dirigida al establecimiento y consolidación del nuevo régimen, admitiéndose otra doble división. En un primer momento, el monarca se posesionó de los poderes dictatoriales y llevó a cabo el pacto esencial de la Transición consistente en la entrega del Estado a los partidos y la «deconstrucción» de la nación. Acto seguido, fue el primer presidente del gobierno, Adolfo Suárez, quien asentó el consenso político inicial. La segunda etapa vino marcada por la llegada al poder de los socialistas en 1982. Con el gobierno de Felipe González se gestó el *consenso constituyente*, íntimamente asociado, por paradójico que resulte, al *conflicto permanente*, que duró nada y más y nada menos hasta 1996. La tercera etapa comenzó con la llegada al poder del Partido Popular. Con el gobierno de José María Aznar prosiguió el fenómeno de la Instauración y así llegamos a la cuarta y última etapa, la protagonizada por el socialista José Luis Rodríguez Zapatero desde 2004 hasta 2011²⁵. Como podemos comprobar, Ayala, fallecido en 2009, vivió, con mayor o menor intensidad, las diferentes etapas a que se ha aludido. No tuvo ya oportunidad de conocer, sin embargo, el regreso al poder del Partido Popular con Mariano Rajoy tras los comicios celebrados el 20 de noviembre 2011. Y tampoco ese otro hito acontecido en abril de 2012 que tal vez pueda suponer, de una vez, el final de la Transición y el principio de no sabe bien qué. Nos referimos a las disculpas ofrecidas por el Jefe del Estado después de un accidentado episodio cinegético, con fractura de cadera en un contexto como el de una cacería de elefantes en Botsuana: «Lo siento mucho, me he equivocado y no volverá a ocurrir» (18 de abril de 2012). El final de la Transición tal vez guarde relación, tómese como mera especulación (¿o quizá no?), con ese doble eje del sistema político vigente en España que tiene como referentes la monarquía hereditaria y el Estado Autonómico²⁶.

Tras la precedente acotación hay que retomar el hilo de la exposición cuyo protagonista no puede dejar de serlo Ayala. A su regreso definitivo a España, resaltémoslo, su obra ya está hecha y se podría decir, sin acritud, que su tiempo ya había pasado. La literatura constituye, como se dijo antes, su refu-

²⁵ D. NEGRO, *La tiranía del consenso. El secuestro de la libertad política* (2011, inédito).

²⁶ Un par de referencias bibliográficas podrían complementar ese doble eje relativo a la monarquía hereditaria y al Estado Autonómico en la España actual. Por una parte, otro inédito del Prof. DALMACIO NEGRO, con título sugerente y revelador, *La mitificación de la monarquía hispánica y la diátesis de España* (2012); y, por otra, un texto bien documentado de J. JAVALOYS, *El ocaso de las autonomías (El libro que ningún partido político quisiera ver publicado)*, Madrid: Bubok, 2011, que conecta el precitado ocaso con la necesidad, regenerativa, de virar hacia la, así llamada, *Segunda Transición*.

gio, si no su salvación. Su distanciamiento de la política, acaso también del compromiso, es cada vez más evidente. En la entrevista anteriormente traída a colación sus declaraciones corroboran estas apreciaciones: «Yo no me he atenido al concepto ese de compromiso para nada y siempre he hablado por mí mismo y sin pretender que represento a nada [... el final de la entrevista es indicativo en grado sumo] No me gusta hablar de temas políticos»²⁷. La literatura constituye, en fin, una especie de coartada por más que la misma no constituyera (lo decía quien ejerciera como profesor de literatura durante casi tres décadas) su medio de vida: «La razón es que cuando he querido hacer literatura no la he visto como un medio de vida. Yo no he vivido de la literatura ni he querido vivir de ella, y siempre he vivido de otras cosas»²⁸.

Decíamos, no sin ciertas reservas, que en la Transición el tiempo de Ayala ya había pasado. Ahora bien su trayectoria pública alcanzó en esa época una gran resonancia. El reconocimiento público y, como ejemplo más elocuente, las menciones y premios otorgados, así lo ponen de manifiesto. Pueden destacarse, entre otros, su ingreso en la Real Academia de la Lengua Española (1984) así como los Premios Cervantes (1992) y Príncipe de Asturias (1998). Ya que hablamos de los premios, atengámonos, aunque sea a destiempo, a lo que afirmaba con gracejo malicioso Jean Cocteau: «No hay que rechazar las recompensas oficiales; lo que se debe hacer es no merecerlas»²⁹.

El regreso de Ayala trasluzca distanciamiento. Incluso, falta de compromiso. En un diálogo mantenido por Giulia Quaggio y Abdón Mateos en el transcurso de un Seminario dedicado a Ayala se enmarca esa distancia y esa falta de compromiso del Ayala retornado en una vía escéptica. Constituye ésta, apuntan los dialogantes, una actitud minoritaria, incluso heterodoxa; y, por más que su mirada sea sociológica, el Ayala «viajero del mundo» no consigue zafarse de una ambigüedad³⁰ que para muchos podría resultar desconcertante; y para otros tantos decepcionante.

Nos estamos refiriendo a un Ayala crepuscular en el que se conjugan —o declinan— diferentes *modos de pensamiento*, parafraseando a Whitehead, que van desde el «optimismo escéptico» («que se fundamenta —como señala Ribes Leiva— en el final de las grandes ideologías, de los grandes proyectos,

²⁷ Entrevista a Francisco Ayala por Juan Luis Tapia, *op. cit.*

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Esta cita de JEAN COCTEAU predispone para hacerse eco de una de sus obras, tan envolvente, como *La dificultad de ser*, trad. de María Teresa Gallego Urrutia, Madrid: Siruela, 2006.

³⁰ Cfr. G. QUAGGIO, «Ayala de vuelta», exposición comentada con Abdón Mateos, febrero de 2011, en el Seminario *Ayala de vuelta. El regreso de los intelectuales exiliados en la España de la Transición*, Departamento de Historia Contemporánea (Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española, Universidad Nacional de Educación A Distancia - UNED). <http://www.cihde.es/seminarios/historia-de-espana-siglo-xx-exilio-y-antifranquismo/g...>

en la segunda quiebra de la modernidad, y en la vuelta a la subjetividad y al individuo, que tiene que adaptarse a un mundo nuevo»³¹) hasta su fijación por la «adaptación» (en vista de que «es preciso adaptar las mentalidades e instituciones a la realidad»³²); y que, sin embargo, no hace luz de gas a un concepto, tan recurrente, como es el de crisis. Crisis, o (con)ciencia de la crisis, de la que se vale Ayala para interpretar el mundo contemporáneo como una «época crítica»³³.

Escepticismo optimista, capacidad de adaptación y época crítica arropan, en fin, ese velado desencanto que constituye una de las señas de identidad (por no decir uno de los *mantras*) de la Transición (tal como ha quedado constancia a partir de la película-documental dirigida por Jaime Chávarri en 1976 en la que se incidía en las conflictivas relaciones de los integrantes de la familia del fallecido poeta Leopoldo Panero). El desencanto de la política, por poner un ejemplo, viene a constatar que «el primer Ayala», aquel joven de 33 años que se vio obligado a partir hacia el exilio, deviene —digámoslo recargadamente y sin la cobertura del Diccionario de la RALE— *inencontrable*. Al «segundo Ayala», al Ayala definitivo, bien podría aplicársele ese testimonio visionario con el que Cocteau ponía el broche de oro a la introducción de la obra que ha sido anotada: «En última instancia, todo tiene arreglo, menos la dificultad de ser, que no lo tiene»³⁴.

El desencanto, el halo melancólico del desencanto que, al decir de Nicolás Grimaldi, tiene un sabor en el que aparecen y reaparecen la espera, el deseo y el tiempo³⁵, no sería, sin embargo, algo que terminaría de suscribir Ayala. Insistamos, sobre este particular, en un par de observaciones para dar cuenta de la persistencia de Ayala en dar esquinazo a la nostalgia, a la queja, al lamento, a eso que hemos llamado, tal vez con talante oportunista más que oportunamente, desencanto.

En un libro de entrevistas firmado por Enriqueta Antolín, publicado en 1993, se detectan varias ráfagas de esa mirada (¿huida?) hacia adelante en la que tanto énfasis ponía siempre Ayala. Es tajante, por ejemplo, un juicio, según el cual, «no se puede juzgar el pasado con fórmulas del presente, es algo idiota»³⁶.

También lo son, en cierta manera, esas otras declaraciones en las que a Ayala no le dolían prendas en admitir que «yo tengo bastante comprensión, bastante indulgencia. La tengo para conmigo mismo [...] Yo me perdono

³¹ A. J. RIBES LEIVA, *op. cit.*, p. L.

³² *Ibid.*, p. XLIX.

³³ Cfr. *Ibid.*, p. L.

³⁴ J. COCTEAU, *op. cit.*, p. 10.

³⁵ Vid. N. GRIMALDI, *Breve tratado del desencanto*, trad. de José Montelongo, México: Los libros de Homero, 2007.

³⁶ E. ANTOLÍN, *Ayala sin olvidos*, Madrid: Espasa Calpe, 1993, p. 25.

mis cosas, no tengo remordimientos [...] me perdono mis fallas [...] acepto mis limitaciones...»³⁷.

Se advierte, por tanto, cierto desparpajo; como cuando trata de poner las cosas en su sitio al referirse a la sexualidad: «Ya lo dice el Arcipreste de Hita, atribuyéndoselo, por cierto, a Aristóteles. Que las preocupaciones esenciales del hombre son dos: “Hallar mantención y fembra placentera”»³⁸.

También la *mala follá* granadina (tristeza impregnada de melancolía *sui generis* en un contexto de frustración), de la que parece jactarse Ayala en algún pasaje de sus memorias³⁹, puede inmunizar frente al desencanto. Su fama de «mala persona», esa que se ocupó de propagar Manuel Fraga, según cuenta también en sus memorias⁴⁰, alguna ventaja, aunque sea desde la atalaya de la ironía, tendría que reportar.

Puesto que ha surgido un tema tan polémico como la bondad o maldad de los escritores, de los artistas en general, bastará remitirnos, más que al desparpajo y a la ironía antes mencionadas, a la nota de misterio. En efecto, el propio Ayala reconocía haberse preguntado a veces «sobre la misteriosa manera en que el destino individual está ligado a la personalidad íntima, al carácter y, en definitiva, a la instalación de cada cual ante la vida»⁴¹.

4. (DES)PROPÓSITO FINAL

*«Sin embargo, y por más que la naturaleza humana sea, como lo es, plástica y flexible en grado sumo, hay en la condición del llamado homo sapiens un algo que garantiza la continuidad dentro de la variación, una unidad esencial por debajo de las diversidades caracterológicas y sociológicas. Y ese algo es la angustia metafísica del ser que se pregunta acerca de sí mismo y acerca del mundo en cuyo seno se encuentra; una pregunta que —activa o tal vez sofocada en medio del tráfago de lo cotidiano— a todos nos reclama desde el fondo de la conciencia despierta; la pregunta, en fin, con la que Segismundo clama en La vida es sueño»*⁴².

Es el misterio, encuadrado en el tándem carácter-destino, el que planea en el tramo final que nos aguarda. El dilema, imposible de resolver, barrun-

³⁷ Ibid., p. 39.

³⁸ Ibid., p. 62.

³⁹ Vid. FRANCISCO AYALA, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, op. cit., p. 79.

⁴⁰ Cfr. Ibid., pp. 515-516.

⁴¹ Ibid., p. 411.

⁴² FRANCISCO AYALA, «Un escritor se asoma al final de siglo», en *Miradas sobre el presente: ensayos y sociología [Antología, 1940-1990]*, op. cit., p. 211.

to, consistiría en postular que es el carácter el que determina el destino; o, antes al contrario, que es el destino el que determina el carácter. Tanto determinismo, ya sea en un sentido o en otro, por muy atractivas que sean las premoniciones, produce disgusto y malestar.

Esa aureola de misterio se impone y tal vez convenga que así sea. De otra manera, la recreación, tan afín a la tergiversación, no habría impedido llevar a buen puerto nuestro dubitativo propósito inicial. Pero, precisamente, escarbar en esas dudas iniciales hace que el (des)propósito final no sea más que eso: es decir, un despropósito con el que manifestar un interés *relativo* por el hombre y un interés *sustancial*, en su caso, por la obra.

Son, pues, las obras de Ayala, que pueden enmarcarse, como apuntaba su esposa Carolyn Richmond, en al menos seis géneros literarios tradicionales (ficción literaria, sociología, crítica literaria, memorias, estudios jurídico-sociales y artículos periodísticos), las que reclaman, y deberán seguir reclamando, toda la atención. Y entre las diferentes clases de obras serán las de extracción literaria, las que tienen que ver con *literaturizar la vida* (es decir, las que se proponen en última instancia la confusión realidad-ficción) las que se imponen. Dicha confusión será salvífica y, en prueba de ello, qué mejor manera de intentarlo que llevando la contraria a ese famoso aserto (¿exabrupto?) orteguiano, tan radical como carente de convicción, según el cual, «o se hace literatura o se hace precisión o se calla uno»⁴³.

Elegir no callarse, hacer literatura y, de paso, distanciarse del plúmbeo academicismo que suele identificarse, tramposamente, con la ciencia, es meritorio. Y lo es porque la de Ayala constituye una trayectoria imprevista, singular, que invita a la paradoja, a la fragmentación... A costa de rebuscar y escarbar en el misterio, constatémoslo, avanza, como dientes de sierra, la deriva literatura-vida.

Esa nota de misterio nos releva, por tanto, de tener que tomar partido acerca del dilema determinista que pivota sobre el binomio carácter-destino. La obra, y no la persona, parafraseando la famosa diatriba de Clinton (*The Economy, Stupid!*) frente al primer Bush en la campaña electoral de 1992, es lo que queda. Y lo que queda es, valga la tautología, lo que es.

Aunque toda conclusión es, por definición, provisional, para terminar se confiere carácter conclusivo, mas no concluyente, a lo que sigue: los elogios y los rechazos *ad hominem* deben contemplarse al trasluz de la desconfianza. Ni un volumen encomiástico como acto de celebración⁴⁴ ni una

⁴³ J. ORTEGA Y GASSET, «Algunas notas» (*Faro*, 9 de agosto de 1908), en *Obras Completas*, tomo I, Madrid: Fundación José Ortega y Gasset-Taurus, 2004, p. 200.

⁴⁴ Vid. VV.AA.: *Francisco Ayala. El escritor en su siglo*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006.

necrológica rabiosa ⁴⁵ pueden secuestrar el *espíritu crítico* ni disolver, otra tautología final, el *pensar problemático*.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTOLÍN, E. (1993): *Ayala sin olvidos*, Madrid: Espasa Calpe.
- AYALA, F. (2006): *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Madrid: Alianza.
- (2006): «Ensayo sobre la libertad», en F. AYALA, *Miradas sobre el presente: ensayos y sociología [Antología, 1940-1990]*, selección y prólogo de Alberto J. Ribes Leiva, Madrid: Fundación Santander Central Hispano.
- (1949): «Para quién escribimos nosotros», en *Cuadernos Americanos*, México, VIII, XLIII, n.º 1.
- «La joven democracia, puesta a prueba», en F. AYALA, *Miradas sobre el presente: Ensayos y sociología [Antología, 1940-1990]*, op. cit.
- «Un escritor se asoma al final de siglo», en F. AYALA, *Miradas sobre el presente: Ensayos y sociología [Antología, 1940-1990]*, op. cit.
- CELA, J. (1996): «Reflexiones de Francisco Ayala sobre el exilio intelectual español», en *Revista de Indias*, vol. LVI, n.º 207.
- COCTEAU, J. (2006): *La dificultad de ser*, traducción de María Teresa Gallego Urrutia, Madrid: Siruela.
- FERNÁNDEZ KROHN, J.: «Francisco Ayala o el asco del exilio» (necrológica de un escritor y académico cortesano), <http://blogs.periodistadigital.com/juanfernandezkrohn.php/2009/11/05>.
- GRIMALDI, N. (2007): *Breve tratado del desencanto*, traducción de José Montelongo, México: Los libros de Homero.
- JAVALOYS, J. (2011): *El ocaso de las autonomías (El libro que ningún partido político quisiera ver publicado)*, Madrid: Bubok.
- NEGRO, D. (2011): *La tiranía del consenso. El secuestro de la libertad política* (inédito).
- (2012): *La mitificación de la monarquía hispánica y la diaíresis de España* (inédito).
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004): «Algunas notas» (*Faro*, 9 de agosto de 1908), en *Obras Completas*, tomo I, Madrid: Fundación José Ortega y Gasset-Taurus.
- POSADA, A. (1983): *Fragments de mis memorias*, Oviedo: Universidad de Oviedo.
- QUAGGIO, G. (2011): «Ayala de vuelta», exposición comentada con Abdón Mateos, Febrero 2011, en el Seminario Ayala de vuelta. El regreso de los intelectuales exiliados en la España de la Transición, Departamento de Historia Contemporánea (Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española, Universidad

⁴⁵ Vid. J. FERNÁNDEZ KROHN, «Francisco Ayala o el asco del exilio» (necrológica de un escritor y académico cortesano), <http://blogs.periodistadigital.com/juanfernandezkrohn.php/2009/11/05>

- Nacional de Educación a Distancia —UNED—). <http://www.cihde.es/seminarios/historia-de-espana-siglo-xx-exilio-y-antifranquismo/g...>
- RIBES LEIVA, A. J.: «La mirada sociológica y el compromiso con el presente de Francisco Ayala», en F. Ayala, *Miradas sobre el presente: ensayos y sociología [Antología, 1940-1990]*, *op. cit.*
- TAPIA, J. L. (2004): entrevista a Francisco Ayala publicada en el diario *El Ideal* de Granada, el 28 de abril de 2004. http://ddoss.org/articulos/entrevistas/francisco_ayala.htm.
- VV.AA. (2006): *Francisco Ayala. El escritor en su siglo*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.

